

del medio, carambola y billa... Aguarde usted, que también el mingo se va á colar... ¡Se coló!... Dos y seis, ocho; y seis, catorce. Apunta, muchacho.) Pues iba á decir que, sin que yo tenga personalmente nada que ver con ellos, ni los conozca siquiera más que de oídas, es lo cierto también que por una casualidad no estuve ayer en Pelechés de punta en blanco, y por poco más de lo mismo no he estado hoy tampoco.

— ¡No lo dije yo? A ver eso, hombre.

— Y ¿qué ha de verse? Lo que le dije al principio: que nada tengo que hacer en Pelechés, y que por eso no he ido.

— Como decía usted que por una casualidad...

— (Apunta eso más, muchacho... y no se queme, Ayudante. Ya sabe que soy un segador chiripero.) Lo decía por mi padre.

— Ahora lo entiendo menos.

— Mi padre es muy amigo de don Alejandro desde que éste andaba por acá. Ayer se torció un pie.

— ¿Quién? ¿don Alejandro?

— No, señor: mi padre.

— Corriente.

— Torciéndose un pie... poca cosa... ya está casi bien. (¡De maestro, señor Ayudante, de maestro! Pérdida con tres palos, y cubierto yo; y además pegado como una ostra... ¡Carape!... Vamos, un tanto más para usted...) Pues torciéndose un pie mi padre en un hoyo de la botica, no pudo subir ayer á Pelechés á saludar á ese señor; y no pudiendo subir, le escribió una esquela á última hora de la tarde, al ver que yo no volvía.

— ¿De dónde?

— De voltejar por afuera. Porque él había pensado que hiciera yo la visita en su lugar... (Otro golpe bueno, Ayudante. A ese paso me la lleva usted. Pero ya nos veremos un poco más allá. Estamos veinticuatro por diez y ocho... ¿no es así? Me faltan doce...: cuestión de un golpe ó dos... ¡Ajá!... Apúntame esos cinco tantos por de pronto.) Al volver ya de noche, me lo contó mi padre con lo de la torcedura, que ocurrió después de salir yo de casa donde le dejé arreglándose para subir.

— ¿Adónde?

— A Pelechés... ¡Y quería que yo le

acompañara!... Como ha querido hoy que subiera á decirles que todavía continuaba él sin poder salir de la botica...

— Y bien querido.

— ¡Quite usted allá, hombre!... ¡Pues soy yo á propósito para esas embajadas y esos...! Todavía ayer, si hubiera estado en casa, por complacer á mi padre y no tener disculpa de fuste para lo contrario... ¡pero hoy, estando él ya para subir de un momento á otro, y después de la carta de anoche!... (¡Carape!... Se me pasó la bola... Vaya otro respirito más para la agonía de usted, Ayudante.)

— Pero ¿por qué se resiste usted tanto á complacer á su padre en un asunto tan hacedero y llano y hasta gustoso?

— Por demás lo sabe usted, fiscal: porque no sirvo yo para esas cosas... vamos, que me pego á la pared lo mismo que un animalejo.

— Pamemas. Diga usted que le gusta lo cómodo, y acabemos...

— Que es la pura verdad, hombre: que soy así.

— Para lo que le conviene.

— ¡Lo mismo que Dios está en los cielos!

Esto lo dijo Leto preparándose á jugar por la baranda de arriba; y al oirlo Maravillas, le soltó desde enfrente una sonrisita de las más acentuadas de las suyas. Leto la pescó en el aire, y casi se sintió mortificado; pero estaba más atento que á esas cosas, á la jugada que acababa de prepararle un descuido de su contrario.

— Así se los ponían á Fernando sétimo, — dijo el fiscal, repitiendo una frase tradicional en los billares, en idénticos casos; es decir, cuando queda la bola contraria entre la del jugador y los palos y en línea recta, para *fusilar*.

— ¿Se tira esto? — preguntó Leto al Ayudante repitiendo otra frase de billar.

— Y con mucho cuidado, — contestó el Ayudante, dándose por muerto.

— Pues allá va.

Se oyó un estrépito formidable; y no quedó nada, lo que se llama nada, sobre la mesa, porque los cinco palos fueron á estrellarse en la cara de Maravillas; la bola de Leto saltó tras ellos, con diferente rumbo por suerte de Tinito el sabio; y las

otras dos, por haber chocado la del Ayudante con el mingo que estaba en cabaña, desaparecieron en las troneras, después de rebotar unos instantes de baranda en baranda, como si las persiguieran centellas.

Maravillas se quedó como espantado y sin maldita la gana de sonreirse; Leto aseguraba que lo había hecho sin intención, pero con trazas de darlo por bien hecho á poco que lo pusiera en duda el apaleado; el Ayudante pedía que se le apuntara el golpe á él porque la bola saltada había sido la de Leto; los demás coreaban la porfía como lo reclamaba la pintoresca situación... y de pronto callaron tirios y troyanos, y se vió á los jugadores arrojar los tacos, abotonarse apresuradamente camisas y chalecos, volverse Leto de espaldas, recoger de encima de una banqueta su americana, y, muy acelerado, embutir el cuerpo en ella.

Porque es el caso que acababan de aparecer en el salón el comandante don Claudio Fuertes y otras dos personas que, por todas las señales, debían ser don Alejandro Bermúdez y Nieves; ó como dijo á sus cola-

terales el fiscal, después del primer vistazo á los forasteros y en su manía de poner motes á todo bicho viviente, «el Macedonio con la más guapa de las hijas de Darío».

Por todo arreo llevaba Nieves una túnica lisa de color de barquillo, muy ajustada al airoso talle, y un sombrerito de paja del tono del vestido, de los guantes y de la sombrilla; y por todo adorno del traje, dos toques ó *notas* verdemar: una en el sombrero y otra en la cintura. Calcúlese el relieve que adquiriría aquella figura tan esbelta, tan fina, tan pulcra y tan elegante, sobre los fondos.



sucios y denegridos del gran salón del Casino de Villavieja.

Don Claudio avanzó con sus acompañados hasta la mesa de billar, y les fué presentando, uno á uno, todos sus amigos agrupados allí.

Cuando le tocó el turno á Leto, don Alejandro le dió un fortísimo apretón de manos, y Nieves, mirándole con gran interés, le aseguró que tenía grandísimo gusto en conocerle. Leto, con la lengua trabada y las mejillas ardiendo, pensó que le daba algo.

— Hemos estado en la botica, — le dijo Bermúdez, — donde he tenido el placer de abrazar á mi buen amigo don Adrián, y nos ha hablado largamente de usted. Por eso y por ser hijo de quien es, nos alegramos tanto de hallarle aquí. Además, yo le conocí á usted así de chiquitín. ¡Canástoles con el estirón que ha dado desde entonces acá!

Hablando hablando, se supo que el padre y la hija habían salido de Peleches á las seis de la tarde y bajado por la Costanilla. Habían entrado en la Colegiata, donde Nie-

ves, después de rezar sus devociones, había visto cuanto era digno de verse y la fué enseñando don Ventura, con su paciencia y amabilidad acostumbradas. Después habían entrado en la botica. Allí descansaron y hablaron largamente. Al disponerse para salir, llegó don Claudio que había ido á buscarlos á Peleches media hora antes, creyendo hallarlos en casa todavía. Desde la botica, y como ya el calor no molestaba mucho, se fueron los tres hacia el muelle, y luego por la Campada... y por la Ceca y la Meca. Viniendo ya cerca de la plaza, de vuelta para Peleches y muy sediento don Alejandro, recomendóle don Claudio las limonadas del Casino; y por eso y por que Nieves conociera el gran salón, de tan buenos recuerdos para él, habían subido.

Conque se dispusieron convenientemente dos ó tres veladores lo más lejos que se pudo de los reverberos del billar que apestaban á petróleo; se pidió perdón á Nieves porque no olieran á cosa mejor, y se sentaron todos «en dulce amor y compañía», devorando á Nieves con los ojos los dos abogadillos; no sabiendo Leto Pérez dónde fijar los suyos

con entera seguridad de no ser aludido por nadie, para evitarse la angustia de hablar delante de tan señalados huéspedes, y muy arrepentido el fiscal de haber puesto motes á aquel señor que, aunque tuerto, le parecía una excelente persona y era padre de la chica más guapa que había visto él de cerca en todos los días de su vida.



IX

LA FAMILIA DEL BOTICARIO

Las visitas de aquel día no fueron tantas en Peleches ni tan molestas para sus moradores, como las del anterior; porque en Villavieja, como en todas partes, había de todo, y el furor de la cursilería y de la presunción estrafalaria, había pasado con la nube de la víspera. Entre los últimos visitantes abundaron las buenas y honradas